

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

ADVIENTO DE MARÍA

¡Adviento de María...! La Señora siente estremecerse en sus entrañas al Hijo de su virginal maternidad. Es el mismo Verbo de la Vida a quien Ella le está dando su carne y sangre, mediante las cuales se está formando ese cuerpo perfectísimo del Unigénito del Padre, Encarnado.

¡La Virgen, por obra del Espíritu Santo, se siente Madre y se sabe Virgen...!

¡Oh Adviento de María...! La Niña, hecha una por transformación con el Altísimo, le siente en sus entrañas..., le apercibe hondo en su seno... y experimenta que se acerca el momento de dar a luz a la Luz Encarnada.

Toda Ella, estremecida por el amor eterno del Espíritu Santo, vive hacia dentro en una intimidad ininterrumpida de amor, de adoración.

Hay una gran identidad entre su Hijo y la Virgen. El corazón de Jesús es carne del corazón de María. Y Jesús vive del vivir de su Madre,

respira por su respirar, recibiendo su vida humana de la vida que a Ella le diera cuando se la creó.

La Señora, internada hacia dentro, espera... Toda Ella es un grito de: “¡Ven, Jesús!” Ven de mi seno a mis brazos; ¡ven!, que toda Yo, ejerciendo mi sacerdocio, necesito tenerte en mis manos para ofrecerte al Padre, viviendo mi *Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso* para su gloria.

La Señora vive en intimidad con el Verbo del Padre y su Verbo. Sus amores están ocultos por un gran misterio. Ella se siente feliz con su Dios y su Hijo en su seno, en silencio sabroso de alegría incomprensible; vive para Él y Él para Ella. ¿Puede haber mayor felicidad para el alma de la Virgen, que es Madre, y de la Madre que, por Virgen, se sabe fecundizada por la misma Vida?

¡Oh fecundidad de María...! Misterio incomprensible de maternidad el de la Señora, misterio que se pierde en el silencio, y que Ella bien se lo sabe, se lo saborea y se lo vive.

¡Adviento de María...! La Señora sabe que el nacimiento de Jesús se aproxima. Y, aunque su vida hacia dentro la hace vivir en una gran intimidad de amor y comunicación con el Verbo Encarnado, experimenta una gran necesidad de darle a luz para que “la Luz brille en las tinieblas”.

María fue creada para ser Madre de Dios,

siendo exenta del pecado original y teniendo en sí la plenitud de la gracia y de todos los dones del Espíritu Santo que como a Madre de Dios le correspondían, por la redención anticipada de su mismo Hijo a quien Ella le diera la vida humana.

María, desde el principio de su vida hasta el fin, poseía todos los dones y carismas, toda la ciencia que todos los santos juntos hayan podido tener. Ella, por la luz del Espíritu Santo, tuvo siempre conocimiento íntimo de la grandeza de su alma, sabiéndose exenta de pecado y llena de toda gracia; por lo cual, penetrando en la verdad las grandes maravillas que el Amor ha obrado en Ella, entona ese *Magnificat* en el cual nos manifiesta cómo toda su “alma engrandece al Señor”.

No es solamente que la Virgen rompiera en alabanzas al Infinito cuando cantó su *Magnificat* de acción de gracias, sino que este cántico fue también la manifestación externa de lo que Ella, iluminada por los dones del Espíritu Santo, penetraba de su alma respecto al plan de Dios para con Ella, y de lo que era su espíritu delante de la adorable Trinidad. Y así ve que toda su alma es una alabanza a la gloria de la Santidad eterna. Su “alma engrandece al Señor” porque toda Ella es una manifestación cantora, alegre, dichosa y santa de esa virginidad eterna del Intocable, que, ante las grandezas que ha hecho en el alma de la Señora, es engrandecido y glorificado en Ella y por Ella.

La Virgen es toda un júbilo para el Amor eterno. Por eso, todo su ser, al saberse glorificadora de Dios, es “transportado de gozo en Dios su Salvador”, participando de esa bienaventuranza eterna que hace al alma que vive fuera de sí saborear los bienes prometidos a aquellos que en verdad son gloria de Dios.

“El espíritu” de la Señora “palpita de gozo en Dios su Salvador”, ya que, poniendo Éste sus ojos “en la pequeñez de su sierva”, hará que todas las generaciones la proclamen bienaventurada porque el Señor, el Omnipotente, hizo en Ella grandes cosas.

El *Magnificat* de María es todo él una alabanza del Infinito. La Virgen, vuelta completamente hacia el Creador, canta las excelencias del Eterno, al entonar las grandes maravillas que la Sabiduría Infinita ha obrado en Ella, haciendo resaltar que fue todo “porque miró la pequeñez de su sierva”.

María penetra en estas “grandes cosas” que el Infinito ha obrado en Ella, y ve que la Omnipotencia divina, derramándose sobre su ser, la ha encumbrado, ¡tanto, tanto, tanto!, que la ha hecho capaz de ser Madre del mismo Dios.

¡María...! La mente humana se pierde ante la consideración de tu misterio, ya que no hay gracia que pueda compararse a tu maternidad, ni criatura que pueda alcanzar la grandeza incomprensible que el Amor Infinito obró en ti.

Toda mi alma te proclama dichosa, oh bienaventurada Virgen María. Todo mi ser “palpita

de gozo en Dios mi Salvador”, “porque hizo en ti grandes cosas Aquel que es Todopoderoso”. Sintiéndome hija pequeña que te ama con todo su ser, mi espíritu se gloria en verte tan encumbrada, tan Madre, tan Virgen, tan Señora..., ¡tanto, tanto, tanto!, que eres la admiración de todos los bienaventurados, porque Tú y sólo Tú fuiste capaz de albergar en tu seno a Aquél, ante el cual, la corte celestial, anonadada, adora en un ¡Santo! eterno de trascendencia infinita.

María penetraba en su alma, sabía las complacencias de Dios sobre Ella; por lo cual, llena de gozo, era un *Magnificat* perenne a la Santidad infinita y al Amor eterno.

¡Oh...! La Señora era extraña a todos y a todo. ¿Qué sería para Ella que, iluminada por los dones del Espíritu Santo, penetraba las almas, a cada una en su verdad, el cuadro del género humano, del cual Ella se sentía Madre en derecho de propiedad, ya que había sido creada para correderlo mediante la redención de su mismo Hijo? ¡Qué necesidad la de su alma de dar a todos sus hijos el Hijo divino que llevaba en su seno...!

La Señora conocía las Sagradas Escrituras y, penetrando su significado, esperaba ansiosa y enamorada a Aquél que era la Gloria de Israel y el Salvador de su pueblo. Ella sabía que el Emmanuel había de nacer de una virgen, y Ella

se sabía esa Virgen y se sentía Madre. Por eso, ¡qué misterio es el adviento de María!

Sabemos que, a los santos, cuando llegan a la unión con Dios, el Amor les va descubriendo los secretos recónditos del misterio divino. El misterio de la Trinidad se les hace familiar, penetran en la Encarnación, todas las cosas se les van descubriendo en su verdad, por lo cual ven, a veces, lo recóndito de las almas. Muchos de ellos están animados del espíritu de profecía, discernimiento de espíritus y otras gracias innumerables que el Espíritu infinito va concediendo a sus almas fieles. Y todos, en las altas cumbres de la perfección, se abrasan en amor a Dios y a los hombres, siendo el centro de su vida el glorificar a Dios y el darle a los demás.

Todos estos dones en plenitud, y otros innumerables que a ninguna criatura le fueron concedidos, los tiene María en grado casi infinito. Por eso conviene que contemplemos a la Señora como una creación aparte, hecha para ser Madre de Dios, corredentora con Cristo y Madre de toda la Iglesia, porque Ella, no sólo es Madre de la Cabeza de la Iglesia, sino del Cristo Total, Cabeza y miembros.

¡No conocemos a María...! Por ello, nos la imaginamos en su vida caminando de sorpresa en sorpresa ante las realidades divinas que en Ella se obraban. Yo me ajusto, en todo, a lo que diga mi Santa Madre Iglesia, porque soy más Iglesia que alma; pero, como soy pequeña y

necesito cantar las glorias de mi Madre, quiero entonar hoy este cántico a mi Virgen Inmaculada porque me lo exige el amor de hija pequeña que le tengo.

¡Adviento de María...! Madre, eres tan hermosa, tan Madre, tan corredentora, tan Jesús, que tu vivir era el palpitar del alma de tu Hijo. María, eres la más alta morada del Altísimo.

La Virgen sabe que es la esperanza de su pueblo, mediante la cual la Luz vendrá a las tinieblas para que brille en la noche.

María ama a Jesús con todo su ser, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

María mora en Dios y Dios mora en María tan maravillosamente, que no sólo es templo vivo y morada del Altísimo en aquel mundo manchado por el pecado, no sólo es Ella la única aurora en aquellos tiempos de confusión y tinieblas, siendo su alma templo del Dios infinito y morada de la Trinidad, sino que Dios mora en Ella, en su seno, siendo este misterio tan terrible, que la carne de Dios es su carne y su carne es carne para Dios.

¡Oh Madre, María, Señora...! ¡Qué alegría tan grande! Tú fuiste creada por la Trinidad para ser Madre del Dios Altísimo, del Dios Encarnado, viviendo de su vivir, y para captar los latidos íntimos de su alma en tu alma. De ti sí que se

puede decir que no tienes más movimientos que los del alma de tu Cristo.

¡Qué deseos como infinitos te moverían hacia dentro, para estarte en intimidad con el Verbo Encarnado en tu seno...! ¡Cómo se estremecería todo tu ser ante el roce sensible del Hijo que en tu seno moraba...! ¡Cómo su latir te haría saltar de júbilo ante la Luz que Tú encerrabas en tu seno para, en día cercano, comunicarla a todas las almas como Madre de la Iglesia...!

Tú ansiabas también a cada una de las almas con todas tus fuerzas. ¡Qué sería para ti, que sabías la grandeza de cada una y el destino para el que fueron creadas, el verlas en pecado!; haciéndote vivir siempre esta vista como en un grito de: “¡Ven, Jesús!” de mi seno a mis manos, para salvación de todos y cada uno de los hombres.

Toda tu alma, que vivía del amor puro, que no sabía de egoísmos, que estaba creada para darnos a Dios, ardía en necesidad terrible de que “saltara” tu Hijo de tu seno a tus manos para entregárnoslo en donación de amor, como muestra suprema de maternidad, a todos nosotros.

¡Adviento de María...! ¡Madre...! Tú tenías al Verbo de la Vida en tu seno para ti, para amarlo Tú y para amarte Él. Tú vivías feliz en aquella intimidad y comunicación con el Verbo infinito en tu entraña. Pero, participando de la voluntad

divina, olvidada de ti, ardías en ansias terribles de que ese Verbo, que había “saltado” del seno del Padre a tu seno, “saltara” de tu seno a los hombres para entregárnoslo como Hostia que, ofrecida por ti al Padre, fuera nuestra salvación y santificación.

El Adviento de María era una necesidad insaciable de darnos al Infinito. La Virgen era una manifestación de Dios ansiando ardientemente mostrar al mundo aquel Hijo oculto en su seno.

María no vivía su secreto sólo para Ella; no vivía su alegría gozándola para sí. Ella se gozaba, sí, con su Hijo en su seno; le tenía, le adoraba, le amaba, ¡pero necesitaba ardientemente mostrarlo a la faz de todos los pueblos!, pues sabía que Ella era el medio del cual Dios se había valido para darnoslo.

Y, por lo tanto, conocedora de la voluntad divina, felicísima y dichosísima de morar en el seno de Dios y de que Dios morara en su seno, se abrasaba en urgencias indecibles por darnos a su Verbo. ¡Necesitaba que su Verbo fuera nuestro! Y Ella, como buena Madre, pedía: ¡Ven, Jesús!; ven de mi seno a mis manos, para darte en comida y en bebida a todas las almas. ¡Ven Tú, Gloria de Israel, promesa y esperanza de mi pueblo, para que alumbres a todos los hombres con “el conocimiento de Yavé” llenándolos de ti “como llenan las aguas el mar”!

¡Adviento de María...! La Señora espera, en esperanza cierta como la muerte, el día en el cual

su seno nos dará al Verbo de la Vida, y entonces, como Sacerdote, pueda, entre el cielo y la tierra, dar a Dios todo honor y gloria y dar a los hombres a Dios.

¡María! ¡María...!, ¡cómo quisiera expresar lo que mi alma de ti siente...! Todo mi ser experimenta ganas de llorar, porque no puede decir tu canción, porque no puede cantar tu grandeza, porque la inmensa mayoría de las almas no te conocen ni te aman en la verdad. Se cantan tus amores, tus grandezas, pero ¿se penetra cálida e íntimamente en ese misterio de tu alma santísima...?

¡Oh adviento de María...!, en el cual, a pesar de tener la Señora al Verbo de la Vida Encarnado en su seno, siendo para Ella “racimito de mirra”, necesitaba, por exigencia de amor puro y universal, dejar esos amores en la intimidad de su seno y, olvidada de sí, dárnoslo de su seno para nuestra salvación. ¡Vivir de María desconocido...!

Jesús ardía en ansias infinitas de dárse nos: “Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y cómo traigo en prensa mi corazón mientras no lo vea cumplido”. Y María, viviendo del vivir de Cristo y participando de sus mismos sentimientos, como Corredentora del género humano, ansiosa de dar a Dios lo más, también clamaba en un desgarró generoso de amor y donación total: Hijo mío, con un bautismo de sangre tienes que ser bautizado, y ¡cómo traigo en prensa mi corazón hasta que no lo vea

cumplido...! Tu vivir es mi vivir, y tus sentimientos los míos, de tal manera que Yo también estoy en prensa, en necesidad terrible de verte colgado entre el cielo y la tierra en crucifixión ignominiosa, para que se obre el gran misterio de la Redención, para que seas ofrecido al Padre como Víctima de expiación y glorificación máxima a su Santidad infinita. Hijo, toda mi alma, desgarrada y destrozada de dolor, encendida de amor a ti, te abraza, te adora, se te entrega para tu descanso, te ofrece calor de hogar.

Alma querida, vive del vivir de María, procura en este Adviento entrar dentro de ti para vivir del misterio de Dios en tu alma.

Hijo mío, ¡hacia dentro! Pero no para quedarte en ti, no; tú has de vivir hacia dentro para hacerte conforme a ese misterio que se obra en tu alma, para que se haga en ti como una encarnación del Verbo, y sea tu adviento, como el de María, necesidad ardiente de dar a Dios a las almas.

Que en Navidad hayas vivido tan profundamente este Adviento, que puedas hacer “saltar” al mismo Dios de tu alma a los hombres.